

VI. Tiempo viejo, tiempo nuevo²²

*“Cuando el Empire State sea como la pirámide de
Egipto
y los automóviles estén en los museos,
cuando el Sputnik cuelgue como el Espíritu de San
Luis del techo de alguna casa de
curiosidades...”*

Fernando Gordillo

Nos acercamos al fin de este segundo milenio de la Era Cristiana. Pronto, con el primer instante del primer día de un nuevo año, una nueva centuria y un nuevo milenio abrirán su horizonte a la mirada estremecida de la humanidad.

La inmensidad del espacio y la profundidad del tiempo sobrecogen; ante ellos, el hombre, impenitente constructor de senderos, adquiere conciencia de sus límites y de sus posibilidades.

Situado en el borde del tiempo como en el borde de un camino desconocido, entre la posibilidad sin límites, que es la libertad y los límites de la posibilidad, que es

22 Alejandro Serrano Caldera. *Los dilemas de la democracia. Hacia una Ética del Desarrollo*. Segunda edición. Editorial Hispamer. Managua, Nicaragua. 1998

la necesidad, el hombre, trémulo, amasa las esperanzas y temores con los que irremediablemente habrá de construir el futuro.

Y es que el futuro encierra para el ser humano una doble condición, una paradoja. Abre siempre sus puertas a la esperanza de que un nuevo día será mejor que el anterior. Pero, cuando se trata del futuro más allá de la vida cotidiana, del tiempo profundo, del destino de la humanidad, distante como el fondo de un abismo o el espacio detrás del horizonte, el futuro desconcierta y a veces aterra.

La humanidad ha construido la historia describiendo un camino cuyo trazado no es claro todavía; pareciera que el tiempo fuese circular y que en su rotación, como testimonio de su impotencia, va dejando a lo largo del sendero los mismos errores, las mismas ambiciones y la misma insensibilidad.

Sólo estamos seguros del pasado porque ya ocurrió y ya no cambia y hacia él volvemos la mirada cuando necesitamos curarnos del vértigo que produce la visión sobre el futuro. En él lo bueno deviene nostalgia y lo malo sólo recuerdo doloroso. Pero la seguridad que da el pasado en donde lo imprevisto no existe, produce, si es un recurso continuo contra la incertidumbre, un agotamiento del impulso y del deseo, de la fuente de la vida cuyos afluentes los nutre el riesgo, la audacia y la aventura incierta de la existencia.

Si la visión de la historia como pasado se nos presenta a veces como cementerio de ciudades mutiladas por

el tiempo, de estatuas rotas y de doctrinas congeladas, como futuro es siempre -lo decía Bergson- un acontecer de imprescindible novedad.

Pues bien ¿en dónde hincan su diente la esperanza? ¿Cómo creer en las mágicas virtudes del tiempo y en que mañana todo será mejor? ¿Qué proyecto estratégico debe sostener la fe en un futuro no sólo tolerable sino deseable y promisorio? Bersognianos o no, la novedad imprescindible no se da por generación espontánea: hay que construirla. El desarrollo no cae del cielo ni llega de fuera. Esto deberíamos saberlo nosotros que siempre hemos esperado que desde el exterior nos arreglen los problemas.

Para nuestro caso, debemos recordar que no basta el rigor financiero, monetario y fiscal, si éste no es parte de un plan estructural y sistémico que busque reorganizar la economía nacional, realizar la integración social interna, y a partir de ahí, definir los criterios y objetivos para los procesos de integración y las relaciones económicas internacionales.

Ningún plan de desarrollo económico que no sea antes un plan de desarrollo social podrá tener éxito y ningún tipo de desarrollo será posible si hipotecamos nuestra realidad a la ilusión de un futuro que nunca llegará porque no es nuestro y porque no hay futuros prestados.

Para los nicaragüenses el tiempo nuevo ha sido herida nueva que se agrega a la vieja herida mal cicatrizada abriéndola otra vez. No permitamos que esto siga sien-

do así, luchemos para que el tiempo nuevo cicatrice las antiguas heridas y no abra otras por las que se desangre nuestro país.

Contribuyamos todos, aquí y ahora, a construir el tiempo nuevo que debe ser de justicia y reconciliación. Justicia porque sin ella no hay reconciliación posible y esta se vuelve una palabra equívoca tras cuya ambigüedad se esconden la demagogia y la impunidad. Pero justicia, sobre todo, para que el rostro de la infancia no sea el de la indigencia y el abandono y para que la miseria no destruya la vitalidad de nuestro pueblo y cercene las posibilidades del futuro. Reconciliación, porque significa reconocer la existencia del otro y en él, reconocernos a nosotros mismos, porque siendo diferentes participamos de la misma condición humana y porque históricamente estamos unidos en raíz y destino.

El tiempo nuevo empezó ya hace algún rato insertándose en la estructura del tiempo viejo que para los efectos de esta reflexión es la propia modernidad, generando la coexistencia de valores dominantes de las dos formas de vida, cultura y organización de la sociedad, haciendo para algunos indiscernible si se trata de características propias de la modernidad tardía, o si más bien estas expresiones corresponden efectivamente a ese conjunto de rasgos que conforman el perfil de eso que se ha dado en llamar la postmodernidad.

Como quiera que sea, junto a las formas ya clásicas del capitalismo industrial y del liberalismo político coexisten las manifestaciones de organización social y de conducta individual y colectiva que definen un

nuevo tipo de vida institucional, política, económica y cultural.

Esta coexistencia del tiempo viejo y el tiempo nuevo con sus respectivos contenidos específicos ha acentuado la brecha entre la abundancia y la indigencia, entre los países ricos y los países pobres, entre el Norte y el Sur. La globalización que se está produciendo no significa la nivelación de las desigualdades sino su acentuación. Si bien estamos frente a un proceso de características planetarias, este consiste en incorporar a un modelo único todas las sociedades de la tierra, transnacionalizar las economías y el capitalismo corporativo financiero, y sus inevitables consecuencias: la mundialización de la miseria, los ejércitos móviles de desocupados y la disminución general de las condiciones de trabajo, obtenidas durante la etapa de desarrollo del capitalismo industrial.

El capitalismo industrial estableció un sistema en cuya organización el Estado jugaba un rol importante. El relativo intervencionismo de Estado era la forma mediante la cual se trataba de garantizar la estabilidad necesaria para que el sistema de Mercado pudiese funcionar con efectividad y provecho, dejando para sí la responsabilidad de regular los excesos que el mismo sistema produce y de participar en la distribución del ingreso, en la búsqueda de un cierto equilibrio social y en la formulación de políticas de generación de empleos productivos.

Las teorías del pleno empleo de John Maynard Keynes constituyeron el referente más importante en la for-

mulación del marco teórico y en la aplicación práctica del mismo. Estado y Mercado tenían ambos un papel activo y complementario. El Mercado establecía las bases para la fijación de los precios y los salarios y el Estado garantizaba, directa o indirectamente, la participación de los actores sociales y de las fuerzas económicas en los procesos productivos y en las relaciones sociales de producción.

Como señala Franz Hinkelammert “Se pensaba la aproximación de la competencia perfecta en términos de pasos de una política de competencia, es decir, de una política que intentaba introducir en los mercados la mayor competencia posible entre las empresas, admitiendo una protección especial de los obreros frente al poder empresarial”.²³

“Tanto esta política antimonopólica como la política keynesiana muchas veces vinculada a ella, implicaban conceder al Estado una función clave en la economía capitalista. La competencia en los mercados, la política de empleo y una amplia política social fueron asumidas por el Estado, lo que llevó -junto con el aumento vertiginoso de la producción de armamentos- a un crecimiento siempre mayor del Estado burgués”.

El neoliberalismo como señala siempre Hinkelammert, surge como respuesta a la crisis económica de los años setenta y sustituye al capitalismo keynesiano que trató de ser la respuesta a la crisis de los años treinta.

23 Hinkelammert Franz, *Crítica de la Razón Utópica*. Ediciones del Departamento Ecueménico de Investigaciones. San José, Costa Rica.

Los males del sistema capitalista puestos en evidencia en las crisis periódicas sufridas, son atribuidos a partir de la crisis de los setenta a la responsabilidad del Estado intervencionista encargado de organizar el sistema capitalista.

A partir de ese momento se produce un regreso al capitalismo manchesteriano, caracterizado por la fuerza empresarial, que controla el Mercado y por la ausencia de regulaciones provenientes del Estado. Los fundamentos del neoliberalismo se encuentran en la arqueología del capitalismo, por ello el Papa León XIII en la *Encíclica Rerum Novarum* le llamó capitalismo salvaje, término que ha sido retomado por el Papa Juan Pablo II en su *Encíclica Centesimo Annus* al indicar, claramente, el carácter silvestre y primitivo de un sistema que prescinde de la regulación del Estado para alcanzar una relativa justicia social y que más que eso, prescinde del propio concepto de justicia social y de cualquier valoración ética, para sustituirlos por los conceptos de equilibrio y competencia perfecta, realizados por la mano invisible del mercado.

Vuelvo de nuevo a Hinkelammert: “De esta manera -dice- se invierten todos los términos. Hay desempleo porque la política de pleno empleo y de protección laboral lo provoca. Hay pauperización porque la política de redistribución de ingresos destruye los incentivos y lleva, por tanto, a un producto social que empobrece. El propio subdesarrollo aparece ahora como resultado del intervencionismo desarrollista, que solamente obstaculiza los esfuerzos de un desarrollo sano de la iniciativa privada. Y la crisis del medio ambiente existe,

porque no se ha privatizado suficientemente el medio ambiente. Desde este enfoque neoliberal, el Estado intervencionista aparece como el gran culpable de la crisis económica actual, y la solución de la crisis se enuncia por una política de desorganización del capitalismo organizado”.²⁴

Nos encontramos en un capitalismo manchesteriano en medio de la Revolución Tecnológica, uniendo la ideología capitalista de 1870 con lo que se pretende sea la organización mundial del próximo milenio y de los que sobrevengan, si es que el mundo da para tanto. Sobre la base del neoliberalismo se ha construido la ideología del Fin de la Historia, que no es otra cosa que el pensamiento económico del siglo XIX mezclado con la informática, la cibernética, la telemática y la microelectrónica, mal aliñadas dentro de la filosofía de Hegel de quien se retuercen hasta el paroxismo sus proposiciones y planteamientos en el afán de dar categoría filosófica a este híbrido de la teoría y de los tiempos con el que se pretende apertrecharnos para enfrentar el próximo milenio.

Este regreso al capitalismo manchesteriano significa que regresan las construcciones teóricas y las propuestas políticas que surgieron, en buena parte, como respuesta a la situación planteada por el “capitalismo salvaje”.

El neoliberalismo, sin proponérselo, se ha transformado en el mejor vehículo para el regreso del marxismo

24 Hinkelammert Franz. Ob. cit.

sepultado bajo el polvo por la caída del Muro de Berlín y de otros muros y murallas entre los cuales se encontraba aprisionada la libertad del hombre. Y aunque el marxismo como teoría y propuesta política y social tenga poco que ver con eso que se denominó socialismo real, desde el punto de vista de la percepción general, aparece destruido por el derrumbe del mundo que supuestamente se construyó sobre sus enseñanzas. Para la percepción de los acontecimientos históricos, más importantes que los análisis teóricos son los símbolos y, en este sentido, pocos símbolos en la historia son más dramáticos y contundentes que aquellos que representan la caída, como castillo de naipes, de un imperio poderoso tenido hasta entonces como arquetipo o paradigma del socialismo en el mundo.

El neoliberalismo, esa metáfora del capitalismo manchesteriano, al revivir las formas primitivas de organización capitalista, revive junto con ella a sus fantasmas. No hay que olvidar que en buena parte el fracaso del marxismo como teoría económica y política de la sociedad industrial, se debió, precisamente, a la transformación del sistema ante la radicalización creciente que producía en la Europa del siglo XIX la explotación indiscriminada y la evidencia que de la injusticia hacía no sólo la realidad de los hechos descarnados, sino la teoría de Marx que explicaba las causas estructurales de la explotación de los trabajadores.

Considero que el fracaso de las Tesis de Vaticinio de Marx se debió al giro que adoptó el capitalismo en el siglo pasado para bloquear el paso al marxismo y que consistió, principalmente, en el diseño de un plan estra-

tégico de participación estatal para neutralizar la masificación de la miseria y la explosión social que ésta, probablemente, produciría.

La participación de todos los sectores en el proceso productivo, el reconocimiento de las asociaciones sindicales, producto sin duda de la lucha decidida de la clase obrera, la contratación colectiva, el reconocimiento del sindicato como monopolio de la oferta de trabajo, la relativa nivelación de los factores de la producción, la seguridad social, las sociedades cooperativas, para no hablar de posteriores regulaciones políticas y jurídicas como el accionariado obrero, la participación en las utilidades, la autogestión, la cogestión, que son formas más modernas y de mayor contenido social, fueron los instrumentos que evitaron la radicalización y que permitieron la coexistencia y la participación de la clase obrera en la construcción y consolidación del sistema capitalista. El abandono de esta política por la ideología del Mercado Absoluto, revive en lo esencial el mismo problema y hace posible que se reediten las luchas de los orígenes del capitalismo, las que se encontraban, básicamente, bajo control.

En este sentido, Samir Amín propone una estrategia que enfrente al neoliberalismo y a su expresión de capitalismo transnacional, mediante la construcción de un socialismo planetario que según su apreciación, correspondería al surgimiento del socialismo III, después de los otros dos que le han antecedido históricamente: el socialismo I engendrado por el movimiento obrero europeo y el marxismo del siglo XIX concluido a las puertas de la Primera Guerra Mundial en 1914; y el

Socialismo II, el Comunismo de la 3ra. Internacional, surgido a raíz del fracaso del primero y a su vez muerto en 1989 con los acontecimientos que condujeron a la disolución de la Unión Soviética y del Bloque de países socialistas del Este.

Ahora se trata, según Samir Amín, no de revivir el cadáver de su predecesor ligado a la concepción capitalista del mundo, fatalmente polarizante y verdaderamente imperialista, en el buen sentido del término, sino de “hacer surgir el Socialismo III que debe construirse sobre una concepción planetaria universal, capaz de romper con las supercherías de la ideología del capitalismo”.

En el fondo se propone enfrentar una globalización con otra a partir de nuevo, de la formulación de dos ideologías totalizadoras contrapuestas. Este siglo que llega a sus postrimerías, se ha caracterizado por destruir todas las ilusiones del siglo XIX, salvo en lo que concierne a la fe ingenua en los poderes milagrosos de la ciencia para alcanzar la felicidad. Ciertamente es que la humanidad ha avanzado prodigiosamente en el desarrollo de la ciencia y de la técnica pero no por ello se ha vuelto más humana. Por el contrario, el drama del hombre contemporáneo, en cualquier lugar en que se encuentre, se evidencia en la fractura entre el progreso científico y técnico y el retroceso de sus posibilidades de ser feliz por la pérdida de la identidad y la deshumanización progresiva de la vida.

La causa de esta situación desesperanzada y desesperanzadora se encuentra en la separación producida

entre el desarrollo material y la condición humana, el afán de dominio sobre la persona y sobre la naturaleza y la ambición desmesurada de poder. Ha faltado, como nunca antes, una ética del progreso y se ha perdido la verdadera perspectiva de la vida a causa de un doble totalitarismo que ha caracterizado de manera particular el siglo XX que agoniza: El Estado-Partido, absolutista y totalitario que busca como imponer por la fuerza el modelo de “sociedad perfecta”, y el Mercado Total, que trata a través de sus propuestas globalizadoras imponer la estandarización de la sociedad humana, sin importar diferencias, identidades, culturas, valores, ni las distintas visiones que las diversas civilizaciones que coexisten en nuestro tiempo tienen sobre el mundo y la vida.

De una parte, el Estado totalitario ha querido imponer el modelo único al cual deben someterse todas las formas históricas y todas las voluntades, individuales y colectivas; una especie de paraíso a la fuerza que debe tragarse como se traga un purgante, y que se anuncia en forma autoritaria para salir del limbo político y moral en que el ser humano se encuentra atrapado, una suerte de utopía de probeta que debe aceptarse sin protestar porque en ella están contenidos todos los paradigmas de la felicidad posible; de la otra, el Mercado Total en donde se realiza la más evidente inversión de valores pues, tal como está formulado, responde a una lógica indefinida mediante la cual ya no se producen objetos para satisfacer necesidades, sino que se producen necesidades para satisfacer objetos.

Ambas experiencias responden a una misma lógica, si es que se le puede llamar así: la dominación total, la anulación de las diferencias, la disipación de los valores y la devaluación de la condición humana para hacerla dócil y moldeable a los intereses del poder absoluto. Por algo se ha dicho con sorna pero también con agudeza, que si el capitalismo es la explotación del hombre por el hombre, el comunismo es todo lo contrario.

Entre los paraísos de la sociedad comunista y los de la sociedad consumista hay que restablecer la jerarquía moral del ser humano por encima de la cual no debe colocarse ninguna ideología que lleve al totalitarismo, sea éste de Estado o de Mercado.

Es necesario formular la economía de Mercado sin excluir de ella los valores que corresponden a la justicia social; y es menester establecer la coordinación armónica de sus funciones con las del Estado y modificar el concepto y la práctica de lo que es el Mercado Total, cuyos límites y riesgos, a mediano y largo plazo, son previsibles, pues los mecanismos de explotación de que dispone no garantizan ni la conservación y reproducción del sistema ni de sus fuentes generatrices. La propuesta que hacemos para enfrentar los desafíos del mundo contemporáneo, parte de fundamentar todo proceso histórico en un humanismo ético, en la justicia social, en una filosofía del desarrollo que no pierda nunca de vista que el sujeto y destinatario del mismo es siempre el ser humano y en un sistema integral de relaciones determinado por la participación armónica y coordinada de la trilogía formada por el Estado, el Mercado y la Sociedad Civil.

Se trata de buscar alternativas que a veces no aparecen porque el propio sistema no permite que aparezcan; alternativas que no excluyan al Mercado como mecanismo y medio de acción, sino que modifiquen la concepción del Mercado Total como categoría absoluta. Quizás sea la cultura y la educación el punto de referencia sobre el cual construir una Ética de los Valores, de la política y de la economía, como sustento del necesario proceso de rehumanización de la existencia.

El pensamiento contemporáneo, de un lado y otro, o trata de justificar teóricamente, y hasta éticamente, el proceso de mundialización planteado por el neoliberalismo, o trata de combatirlo, aduciendo los daños que éste produce en el plano económico y social en los países empobrecidos del Sur.

El debate Norte-Sur, ha sustituido al debate Este-Oeste; no obstante, llama la atención la coincidencia en la argumentación. El argumento, en algunos casos, es el mismo sólo que al revés. Por una parte se justifica la estandarización planetaria en nombre del Mercado Total elevado a categoría ontológica, con poderes sobre el bien y el mal, y con propiedades metafísicas para regular por sí solo a la sociedad y producir la justicia social.

Por otra parte, cierto pensamiento de izquierda condena la mundialización pero no por aplastar las identidades y abolir lo específico de cada sociedad, sino porque esta cruzada por aplanar lo propio de cada expresión histórica, se hace en nombre del totalitarismo de Mercado y del neocapitalismo corporativo. Otra cosa

sería, si esta acción globalizante y homogenizadora se hiciera en nombre del nuevo proyecto socialista.

La alternativa que se nos ofrece es la de combatir el totalitarismo capitalista con un totalitarismo socialista de nueva factura que inscriba sus estrategias en la construcción de un Estado mundial o, de no ser posible, al menos de un sistema político mundial de acuerdo a esta formulación ideológica. Todavía los últimos residuos del polvo del Muro de Berlín no han terminado de ser barridos completamente por el viento de la historia cuando ya se alzan voces que proponen un Estado Socialista Mundial.

Independientemente de si esto tiene o no la más mínima posibilidad, llama la atención la coincidencia, de una y otra parte, en cuanto a voluntad de poder. Yo no estoy seguro si un totalitarismo mundial podrá ser evitado. Reiterados fueron los intentos en el siglo XX por conseguirlo: el nazifacismo, el comunismo estalinista y el neoliberalismo. El siglo XX se ha caracterizado por su oscilación pendular que va del totalitarismo de Estado (Estado-Partido) al totalitarismo de Mercado. Pero también se ha caracterizado por su voluntad de resistencia contra los distintos rostros del absolutismo.

Nunca como ahora las resistencias nacionales étnicas, culturales y religiosas han sido más decididas. Ni se han manifestado con tanta fuerza como en los momentos en que se intenta la mundialización homogénea. Es que se olvida una cosa: se olvida que los pueblos, en mayor o menor grado, tienen cultura; que los pueblos son cultura.

Estamos viviendo lo que se ha llamado la tercera revolución tecnológica, con una economía global interdependiente y la estructuración de sociedades post-industriales informatizadas. El mundo se desorganiza de su clásica división geopolítica y geoeconómica definiendo las actuales grandes regiones económicas que determinan la economía mundial contemporánea.

El neotrilateralismo formado por los Estados Unidos, la Comunidad Europea, Japón y el Sudeste Asiático (la cuenca del Pacífico) constituyen los ejes de la multipolaridad económica mundial.

La desaparición del conflicto Este-Oeste y de la guerra fría derivada de él ha resaltado a un primer plano la contradicción Norte-Sur, de características diferentes a la anterior, pero de profundas tensiones a causa de los desequilibrios estructurales agravados por la deuda externa a cuyo pago de los servicios de la misma confluyen las economías empobrecidas de los pueblos del Sur.

No obstante ser ésta la contradicción más visible, no puede ignorarse la pugna de intereses por la hegemonía de la economía mundial, entre los países que forman hoy los centros de poder económico.

Estas tensiones buscan, y continuarán buscando, los acuerdos que impidan que las mismas se transformen en conflictos que pongan en riesgo el plan de globalización propio del neoliberalismo. La acumulación de tensiones podría acentuarse si las contradicciones estructurales y coyunturales del mundo contemporáneo se profundizan.

Por una parte el proceso de pauperización de los pueblos del Sur se ha agravado considerablemente sin que se vea, por el momento, y salvo algunas consideraciones de los propios organismos de financiamiento internacional, una alternativa estratégica a la situación que no implique confrontación de modelos; por la otra, las contradicciones engendradas por la nueva situación geoeconómica y geopolítica del mundo contemporáneo podrían desbalancear el equilibrio de intereses (que sustituye al anterior equilibrio del terror) convenido por las propias corporaciones transnacionales, cuya influencia en la determinación de los procesos del mundo presente se sobrepone a la influencia de los propios Estados-Naciones, devenidos en algún sentido, fuerzas complementarias y de apoyo a los procesos de globalización que el capitalismo transnacional está llevando a cabo.

Es importante identificar estas contradicciones y tensiones las que si bien hoy se presentan, más que nada en estado latente, podrían, en un tiempo relativamente corto y de no encontrarse opciones estratégicas que satisfagan los intereses en pugna, devenir verdaderos conflictos que pongan en riesgo el equilibrio actual de fuerzas.

A la guerra fría ha sucedido la guerra comercial que se inserta, en un cuadro de contradicciones que contraponen autarquía e integración, mundialización y nacionalismos étnicos y religiosos.

Desde el punto de vista socio-laboral las políticas neoliberales han acentuado en los países desarrollados el proceso de destrucción del Estado Benefactor y se ha producido un deterioro de los niveles y calidad del em-

pleo, aumento del desempleo y bloqueo a los sindicatos en la elaboración de políticas económicas.

Asimismo, se ha evidenciado la contradicción entre economía de mercado, democracia y bienestar social; capitalismo salvaje darwinista y sociedades democráticas, solidarias y humanistas, produciéndose mediante la acción de la nueva empresa competitiva la atomización de la clase trabajadora.

El problema de fondo que todo modelo de desarrollo debe plantearse consiste en establecer si el conjunto de medidas, instrumentos y políticas producen efectivamente una mejoría en la condición social y en la calidad de vida de los seres humanos. Es decir, si realmente los medios se adecuan a los fines.

Es claro que lo anterior parte de considerar el desarrollo como algo integral, democrático, endógeno y que tiene por destinatario al ser humano. Será integral, en tanto contribuya al mejoramiento ético, cultural, social y económico de la persona. Será democrático en la medida en que en su elaboración y disfrute participe la sociedad en su conjunto. Será endógeno, si se sustenta en la forma y tradiciones de organización productiva y en las propias riquezas y potencialidades humanas y materiales, para integrar, precisamente, desde esa plataforma toda experiencia ajena que contribuya a enriquecer la propia, excluyendo la copia mecánica de modelos que históricamente han fracasado, frustrando repetidamente las esperanzas de los pueblos de América Latina.

Todo proceso de participación en las integraciones regionales o subregionales debe partir de esta premisa de reordenamiento de las economías nacionales de que se trate y de la integración social interna. Lo contrario será destruir la autarquía económica y las unidades nacionales de producción, imprescindibles para que una efectiva integración sea beneficiosa y sea, realmente, integración de estructuras y experiencias que se potencian y fortalecen recíprocamente. La simple sumatoria de mercados de países pobres para consolidar aun más la expansión económica de los países ricos, no producirá otra cosa que no sea la destrucción de las unidades productivas de aquellos productores, imposibilitados de competir en el mercado internacional y aun en su propio mercado, con la invasión de artículos provenientes de las industrias de sus aliados más poderosos, los que, además, y a partir de los tratados que enmarcan estos procesos, disponen de todas las exenciones de impuestos y obligaciones tributarias y fiscales.

Resulta imprescindible plantear el debate a partir de la filosofía del desarrollo, identificando adecuadamente cuales son los fines de éste y cuales los medios para alcanzarlo. Desde este punto de vista resulta que los conceptos de fondo de que dispone el neoliberalismo, se alejan totalmente de una concepción social y humanitaria del desarrollo. El darwinismo económico del capitalismo salvaje nos conduce a la realidad de la selección “natural”, entendiendo por tal la posibilidad de que sobrevivan los fuertes y desaparezcan los débiles. Se combate la pobreza eliminando a los pobres.

Eso es lo que está planteado en el fondo y por ello las políticas e instrumentos diseñados e impuestos por el neoliberalismo son lo que son. La reducción del papel del Estado, la disminución sensible del gasto social, la priorización de la economía financiera y la especulación sobre la economía productiva, la subordinación y control de parte de las empresas nacionales a las corporaciones transnacionales, las privatizaciones, el sometimiento de la educación y formación de recursos humanos de manera exclusiva a los criterios de expansión y consolidación de las economías hegemónicas, la privatización y, finalmente, la combinación entre el libre comercio y el monopolio de la economía internacional mediante la asignación de mercados y zonas de inversión a las corporaciones transnacionales, adquieren su más claro sentido y propósito, a partir de la definición de un concepto de desarrollo, entendido, exclusivamente, como un sistema de mercados y políticas constituidos para consolidar el poder central de la economía mundial, la selección natural de las especies y el establecimiento de un modelo planetario excluyente en la organización integral de la sociedad, la economía, el Estado, la cultura, la educación y la política social.

1. Profundización de las contradicciones, perspectivas y opciones

Tal como están las cosas, no resulta arbitrario suponer que una profundización de las contradicciones existentes se producirá en el futuro próximo. De no haber rectificaciones sensibles al modelo propuesto y en vías de ejecución, la brecha se va a acentuar pues el mercado, en los términos en que está planteada su función, lejos de lograr la competencia perfecta y el pleno equili-

brio, será un factor, ya lo es, de agudización de la crisis social y de las asimetrías estructurales.

La brecha entre ricos y pobres continuará desarrollándose, lo mismo que la distancia entre los pueblos del Norte y los del Sur con los consiguientes y negativos efectos sobre la identidad nacional y las características propias de la civilización, la cultura, las etnias y las religiones. Las contradicciones entre las tendencias de estandarización, por una parte, y de reafirmación de los nacionalismos y fundamentalismos religiosos, étnicos y culturales, por la otra, se profundizarán.

Paralelamente, la pobreza crítica tiende a aumentar y conducir a niveles sociales insostenibles. Si las correcciones, para no hablar de cambio del modelo neoliberal, no se introducen en forma oportuna y consistente, la tendencia del mismo nos conduciría o al darwinismo social mediante la selección “natural” de las especies económicas o a la explosión social, como consecuencia de las intolerables condiciones de existencia en que quedarán sumidos grandes sectores de la población mundial.

En estas circunstancias, los mismos propósitos del neoliberalismo se verían afectados severamente pues el afianzamiento y desarrollo de los intereses económicos que persigue no podrían mantenerse por la inestabilidad social y política y las cúpulas de inversionistas nacionales e internacionales y las oligarquías y neo-oligarquías criollas se verían afectadas con el consecuente perjuicio de los procesos de globalización que el modelo persigue.

Esta situación ha sido percibida con relativa claridad por los formuladores y evaluadores de estas políticas, a un grado tal que los organismos internacionales de financiamiento y cooperación han introducido correctivos orientados a aplacar las contradicciones actuales y a aplazar los conflictos futuros.

En ese sentido se están llevando a la práctica medida que buscan disminuir los efectos de la crisis y paliativos sociales que tratan de evitar que los conflictos adquieran una dimensión que escape a los controles establecidos, y por ende, ponga en riesgo los propósitos económicos, financieros y monetarios que se quieren alcanzar.

Resulta significativo, y a la vez desolador, observar que estas medidas no han nacido de los gobiernos que así reaccionarían ante la magnitud de los problemas que les plantea el desempleo y la indigencia, entre otras miserias de nuestras sociedades, sino de los propios organismos internacionales con más visión estratégica, pero que deben enfrentar la incapacidad de los gobiernos para introducir las rectificaciones a que obliga la situación, por encontrarse, en términos generales, acaparados, casi exclusivamente, por la preservación y consolidación del poder y de los intereses, que en no pocos casos, responden más a las expectativas personales o familiares de los gobernantes, que a las apremiantes necesidades de los pueblos y los países gobernados.

La verdad es que tanto las estructuras del Estado, Gobierno, Sociedad Civil y sistema económico como la misma Sociedad Civil se encuentran con dificultades para adaptar las propuestas de desarrollo que impulsa la

sociedad post-industrial y, para asimilar adecuadamente las correcciones planteadas. Tampoco los dirigentes de los países del Sur están preparados con alternativas consecuentes con los grados de desarrollo histórico de sus propias sociedades, para enfrentar, desde esa plataforma, los procesos de globalización de la economía post-industrial.

De todas maneras, el problema es mucho más profundo como para ser resuelto con paliativos. De lo que se trata, efectivamente, es de saber si el neoliberalismo es capaz de propiciar un desarrollo relativamente equilibrado y si el Mercado Total, asumido como categoría absoluta de comunicación, concertación, distribución y equilibrio, es efectivamente lo que se dice, y si puede, como se señala insistentemente, dar solución a los graves problemas de la sociedad actual.

Lo que debe preguntarse, y responderse, es si el Estado debe reducir dramáticamente sus atribuciones y abandonar la misión esencial que supuestamente le corresponde desde que fue concebido como Estado-Nación en los inicios de la modernidad.

2. La Reforma del Estado

La reflexión sobre el Estado no se agota en el tema de su racionalización y llamada modernización, de manera necesaria e impostergable, la corrección de sus vicios de burocracia, gigantismo, ineficiencia y corrupción, sino que trasciende a este conjunto de medidas que debe poner en práctica, hacia la pregunta fundamental de si el Estado debe renunciar o no a su papel de moderador y regulador de las relaciones políticas y sociales

y si debe ser sustituido o no mediante la privatización, en una serie de actividades que tradicionalmente le han correspondido.

Tal reflexión conlleva a otra que a mi juicio le precede. Es decir, determinar si la función histórica del Estado de garante de la justicia social debe preservarse o no, lo que a su vez, como suele suceder cuando se razona en la búsqueda de las causas últimas de los fenómenos, obliga a plantearse si la justicia social puede ser alcanzada en mejor forma, de manera más eficiente y preservando mejor la libertad a través del Mercado. Pero este planteamiento, si fuese afirmativo, a su vez, conduce a otro que nos lleva a considerar el Mercado como la expresión social de la esencia humana, individual y colectiva, en relación con el sujeto particular y con la sociedad como tal, al mismo rango que otras funciones como respirar, amar, alimentarse, reproducirse, para citar algunas. En fin, si el Mercado, que no el Estado, como suponía Hegel, es la encarnación el espíritu, la lógica de la historia y el *sumun* de la racionalidad.

A estas alturas de la reflexión, y desde el enfoque neoliberal, preguntarse por la justicia social resulta irrelevante si lo hacemos en los términos axiológicos y éticos en que aquella ha sido formulada, pues es claro que esa formulación conceptual y moral habrá desaparecido tragada por el Mercado, y en todo caso, reaparecería bajo otros supuestos como lo sería el de realizarse de acuerdo a las tendencias de la sociedad, que coinciden con las tendencias de la propia naturaleza. Y así la naturaleza y la sociedad se identifican, queda abo-

lida la diferencia que la cultura y la historia hicieron entre ambas, quedan fusionadas en una sola categoría la justicia y la libertad y la selección natural que en la sociedad hace el Mercado no es otra cosa que la versión de la selección natural de los mejores y más fuertes que se produce en un determinado momento de la sociedad pre-contractual. Es el fin de la modernidad, el fin de la civilización basada en el contrato y en el acuerdo de voluntades reguladas y garantizadas por el Estado, es el regreso al reino de las leyes de la naturaleza.

Pero resulta que mientras se atribuye al Mercado propiedades de la naturaleza que justifica su acción sin restricciones, pues actuar en contra de la naturaleza transgrede la misma libertad ya que ésta no es otra cosa que seguir la corriente de las leyes de la naturaleza de la cual somos parte, la acción de la economía del Mercado Total destruye la naturaleza en una acción de devastación sin precedentes. Y ahí encontramos una contradicción de fondo: mientras se trata de legitimar la acción irrestricta del Mercado como una ley de la naturaleza, se destruye a la propia naturaleza en nombre del progreso, la acumulación, el enriquecimiento sin límites y la libertad.

Frente a esto el Estado no puede ni debe hacer nada, como tampoco puede ni debe tratar de ejercer algún papel regulador en las relaciones sociales de producción para tratar de nivelar un poco las desigualdades y asimetrías, pues la riqueza, aunque sea desmesurada, y la pobreza, aunque sea la indigencia, son obras de la naturaleza que actúa a través del mercado y por lo mismo, es antinatural tratar de cambiar las cosas por la

acción externa del Estado, los gremios, los sindicatos y cualquier otra organización de la sociedad que busque ejercer acciones reivindicativas de ciertos derechos para hacer la vida compatible con los mínimos niveles de dignidad que exige la condición humana.

Llevado a sus últimas consecuencias, el problema enseña con evidencia los límites del Mercado que por su propia acción destruye las fuerzas que necesita para sostenerse y reproducirse: los recursos humanos y los recursos de la naturaleza.

Todo esto nos indica que el problema es mucho más serio de lo que podría pensarse y que, por lo mismo, exige una reflexión sistemática y profunda, de carácter multidisciplinario, a fin de tratar de encontrar propuestas debidamente sustentadas, alejadas de los dogmas de uno y otro lado y de los fanatismos ideológicos y políticos que sacralizan y radicalizan los problemas, y alejadas también de los oportunismos y la demagogia que se expresa en proclamas y banderas de lucha que se agitan en defensa de intereses frecuentemente ilegítimos.

Hay que buscar alternativas al neoliberalismo y proponerlas con seriedad para abrir, al menos, un debate consistente alrededor de estos problemas. Las opciones existen a pesar de los esfuerzos que el modelo neoliberal hace por eliminarlas. Hay que combatir teóricamente esta petición de principio que parte de considerar que no existe otra salida que no sea la del Mercado Total; o dicho de otra forma: al no existir alternativa posible para enfrentar los problemas de la sociedad contemporánea no queda otra posibilidad que no sea el Mercado

Total de la propuesta neoliberal, además de ser la opción compatible con las leyes de la naturaleza, del individuo y la sociedad.

Teóricamente es necesario desmontar esa tautología que parte de considerar como verdad absoluta y que no existe fuera de él opción posible. No obstante, precisamente por eso, hay que esforzarse en presentar opciones estratégicas de desarrollo integral que superen la situación límite a la que nos conduciría el neoliberalismo: destrucción de la naturaleza, darwinismo, o explosión social.

Una Ética del Desarrollo debe sustentar todos los procesos económicos, partiendo de que la economía, sus políticas e instrumentos son medios al servicio de fines y objetivos que tienen, necesariamente, como destinatario al ser humano y a la sociedad. Por obvio que pueda parecer hay que repetirlo con claridad para que no se instale, como un axioma, la idea de que lo que se está haciendo es lo correcto y que la sobrevivencia de la vida humana y natural, deben, estar subordinados a los intereses del Mercado Total, que son los intereses de quienes manejan sus mecanismos e instrumentos.

El desarrollo no puede ser concebido si no es como desarrollo integral, democrático, endógeno, participativo, con identidad y humanitario.

La planetarización, a su vez, sólo se justifica a partir de la integración no sólo de los mercados, sino de las economías, de los sistemas de producción, de las culturas y las identidades de los sujetos que participan en los procesos de integración.

La universalidad no debe asumirse como estandarización, sino como posibilidad de coexistencia e interacción de los interlocutores económicos y sociales, lo que implica reconocer la existencia del otro y de la legitimidad y necesidad de las diferencias. La verdadera universalidad no puede ser otra cosa que la *Unidad en la Diversidad*.

La Unidad en la Diversidad debe ser entonces la plataforma efectiva de la cual partan todos los procesos de integración regional y subregional. El mundo contemporáneo se caracteriza por la existencia de varias civilizaciones, lo que significa, de varias categorías de valores y de visiones del mundo y de la vida que no pueden ser aplanadas por el Mercado Total y el neoliberalismo. La realidad del mundo nos la recuerdan todos los días las luchas de autonomía e independencia de pueblos que reivindican para sí el derecho a la cultura, religión y tradiciones propias.

El Mercado debe redimensionarse. Es decir, no puede subsistir como categoría absoluta. Tal demostración debe sustentarse al margen de ideologías, de cualquier tipo éstas sean. La reformulación del concepto y función del Mercado debe partir de considerarlo una institución con legitimidad histórica al que le corresponde un papel de mediación necesario pero no suficiente ni absoluto, y, por eso, determinado por un conjunto de valores y una ética que le son externos y a los cuales debe estar subordinado.

Parte esencial de esta Ética de los Valores que debe determinar y subordinar a ellos al Mercado, es el factor

social de todo proceso de desarrollo. Factor que no es un componente más, sino la razón de ser y la dimensión verdadera del mismo. Esta consideración permitirá colocar conceptual y prácticamente en un sitio más apropiado a la democracia, el desarrollo, la justicia social y la equidad.

Estas reflexiones, que podrían constituir una aproximación a una filosofía del desarrollo, deberían traducirse en un conjunto de categorías e instituciones que permitan, mediante su ulterior y pormenorizada elaboración, construir una opción alternativa del desarrollo estratégico.

Dentro de ellas habría que considerar la conceptualización, estructuración y funcionamiento del Estado a las luces de la realidad de nuestro tiempo y de las exigencias concretas que de ella derivan.

Esto implica redefinir las formas de relación entre el Estado y la sociedad a efectos de determinar el rol de ambos en cuanto a la definición que a cada uno corresponde y a la forma de comunicación y complementación de cada uno de ellos con respecto al otro.

La Reforma del Estado debe apuntar a la consolidación y profundización de la reforma política y la democracia, lo que requiere la elaboración de mecanismos de incorporación efectiva de todos los sectores sociales en los procesos económicos de una sociedad determinada. Estos criterios y mecanismos de participación constituyen una condición fundamental de la democracia moderna.

Todo esto conlleva a asumir de previo que al Estado corresponde un papel esencial dentro de la sociedad contemporánea, ligado fundamentalmente a la eficiencia administrativa y sobre todo a la búsqueda de la justicia social y al establecimiento de mecanismos reguladores debidamente coordinados, que garanticen la comunicación entre los diferentes sectores que conforman la sociedad y que el mercado, como se pretende, no puede, ya lo vimos, conducir ni garantizar.

Para lograr estos objetivos con respecto al papel del Estado, se requiere adoptar una serie de medidas instrumentales que garanticen el más efectivo cumplimiento de su misión. Para ello es necesario adoptar entre otras medidas las siguientes: redimensionamiento de su estructura, racionalización de sus funciones, eficiencia, eficacia, reducción del gasto público y capacidad de compensación, estabilidad institucional que favorezca la gobernabilidad, reforma social en la que el Estado tenga un rol preponderante a fin de garantizar la superación de la marginalidad de los sectores sociales, conceder mayor prioridad al sector social del Estado, superar la dispersión intrasectorial, priorizar el financiamiento externo para la agenda social, asumir de manera más clara sus responsabilidades frente a la Sociedad Civil, mejorar los aspectos de representación, eficacia y participación, mejorando la función coordinadora y reguladora que le corresponde. De manera particular debe atenderse a la elaboración de políticas de generación y promoción de empleo productivo.

El Estado, sobre todo, debe asumir una función relevante en lo que concierne a la promoción y dirección

de los procesos de concertación conducentes a la realización del Proyecto Nacional o Acuerdo Social estratégico, que comprometa las voluntades de los diferentes sectores públicos y privados y de los grupos y organizaciones representativos de la Sociedad Civil.

Esto dará estabilidad, favorecerá la gobernabilidad, la inversión y las relaciones internacionales, tanto en lo que concierne a la cooperación, como a la renegociación de la deuda externa y, sobre todo, la definición de las prioridades que determinen los procesos de desarrollo.

En lo que concierne siempre a las políticas e instrumentos que debe implementar el Estado en este proceso de reformulación de sus funciones, es necesario tener en consideración la necesidad de crear instrumentos de participación sindical en las empresas encargadas de conducir el llamado proceso de modernización de la economía y la producción y de la incorporación en el mismo de los avances tecnológicos necesarios.

Elaborar políticas de ingresos que actúen sobre el proceso de diferenciación de salarios en forma tal que a la vez que garantice salarios apropiados para los sectores de alta tecnología y capacidad exportadora, atenúe las diferencias que producen brechas sociales de dimensiones, a veces, insalvables.

La política educativa y de formación profesional debe conducir a la readaptación del sistema de educación formal y a la recalificación de la mano de obra.

Debe también reformular sus políticas de seguridad social, mediante el fortalecimiento del régimen asistencial básico y el régimen de previsión social con cobertura para los principales riesgos sociales.

Debería tenerse en consideración la reflexión de la CIOSL-ORIT con relación a la privatización, entendida como parte de la reconversión del sector público y como instrumento de política para la reestructuración productiva y modernización tecnológica, lo que nos lleva a situarla en el lugar que le corresponde, la que en todo caso, es un medio pero nunca un fin en sí mismo como insistente y erróneamente se ha pretendido.

Se trata pues de redefinir el papel del Estado como parte fundamental de un nuevo modelo económico y social dentro del cual debe ser un aspecto esencial la garantía a la soberanía nacional en cuya afirmación el Estado tiene un rol principal e indelegable.

3. La Reforma Social

La contradicción entre la democracia política y la exclusión social constituye una de las características del mundo contemporáneo, particularmente en lo que se refiere a los países del Sur empobrecido.

El incremento de la pobreza se ha producido en el momento en que en América Latina, por ejemplo, se han establecido gobiernos democráticos en todos, o casi todos los países. Por supuesto, esto no quiere decir que la democracia produzca la miseria y la autocracia el bienestar, sino solamente que las causas estructurales de la pobreza que vienen desde la época de implantación de gobiernos autocráticos en la región, no han desapareci-

do por el solo hecho de haberse establecido Gobiernos democráticamente electos; que no basta la periodicidad en la realización de los procesos electorales, sino que el problema es estructural y como tal, requiere un tratamiento integral que contemple tanto los aspectos formales de la democracia, (elecciones periódicas) como la reforma institucional que adecue el sistema jurídico y normativo y las instituciones correspondientes, a las necesidades reales de la sociedad de que se trate.

Quiere decir, también, que es impostergable una transformación de la estructura económica del Estado y de la propia Sociedad Civil, en la que se garantice la solución a los graves problemas sociales que agobian a la mayor parte de la población, y sin la cual no hay desarrollo, paz, ni democracia posible.

El incremento de la pobreza en números absolutos y porcentuales en relación con la década de los 80 nos está indicando la urgencia de una transformación estructural de nuestras sociedades que haga posible que la democracia política se sustente en un sistema justo y socialmente participativo que permita consolidar y reproducir el sistema democrático. El verdadero enemigo de la democracia es la indigencia; la pobreza crítica, además de que descalifica y quita legitimidad desde un punto de vista ético y de la justicia social a cualquier gobierno o sistema político, introduce un elemento de distorsión severa que no sólo dificulta, sino impide, la gobernabilidad.

“En sus elementos esenciales, (dice el informe de 1993 del PNUD, Reforma Social y Pobreza) la reforma

social constituye el conjunto de políticas e instrumentos específicos dirigidos a producir de manera eficiente la incorporación de todos los sectores de la sociedad en el proceso de crecimiento, en un contexto de aumento del bienestar"... "Es más fácil tolerar la prosperidad mal distribuida, que la austeridad que no se comparte por igual".

La Reforma Social es, entonces, un tema que concierne no únicamente a la justicia social y a la ética, a las cuales, ciertamente, les es esencial, sino a cualquier plan de desarrollo económico y político pues de su adecuado tratamiento depende la viabilidad de los proyectos y la viabilidad política de la democracia, la paz y el desarrollo.

Como el propio documento del PNUD lo expresa, para alcanzar esta reforma que es por demás inaplazable, se requiere la articulación de acciones y decisiones en las esferas económicas y sociales, la transformación productiva, incremento de las inversiones, ampliación de la base empresarial y promoción del empleo. Revisión de prioridades y reorientación del gasto público. Aumento de la eficiencia y la equidad en el financiamiento y operación de las transferencias de servicios y programas sociales. Reforma y fortalecimiento de las instituciones públicas y de las organizaciones de la Sociedad Civil, incluyendo al sector privado, para conseguir mayor eficiencia en la prestación de servicios.

El Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo, indica claramente en el documento antes aludido

la necesidad de la equidad como punto de referencia necesario a cualquier propuesta de desarrollo y como un concepto rector de estas políticas que se relacionan tanto con la distribución como con el desarrollo humano, que es, en todo caso, el objetivo final de la Reforma Social.

“La pobreza -dice- es la manifestación más aguda de la ausencia de un mínimo de equidad...” Por ello, “la Reforma Social más que una secuela es una condición esencial de la eficiencia y viabilidad de la economía”... “Un capital humano moderno es una fuerza de trabajo calificada a la vez que una comunidad de ciudadanos informados y comprometidos”... “Es más fácil asumir riesgos de largo plazo donde hay una cultura económica que legitima el carácter creativo de las inversiones”.

Hay que armonizar el crecimiento de la economía con el progreso de la democracia, la eficiencia con la equidad y establecer adecuadas relaciones entre la autoridad y la Sociedad Civil y la calidad de los procesos políticos propios de estos desafíos. “La viabilidad de sociedades democráticas y dinámicas capaces de integrarse con éxito en los procesos globales de modernización, depende de la creación de compromisos políticos a largo plazo; es decir, de estrategias económicas y sociales integradas. Estos compromisos para ser sustentables, deben reducir las exclusiones económicas y aumentar la equidad”... “La pobreza impide la consolidación de la democracia”.

4. La Reforma Económica

Todo plan de desarrollo económico debe ser antes que nada un plan de desarrollo social. Esta es la premisa básica de la filosofía del desarrollo que venimos proponiendo. Sólo a través de ella adquiere sentido concreto la formulación del desarrollo entendido integralmente desde un punto de vista ético, humano, democrático, participativo y endógeno.

Nitin Desai, Secretario General Adjunto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en su intervención en el Acto Inaugural del Foro sobre la Reforma Social y la Pobreza, celebrado en Washington D.C. el 10 de febrero de 1993, señala la transformación económica que están sufriendo nuestras sociedades, en el volumen de producción y el uso de los recursos; en las técnicas de producción y, más concretamente, en la función del trabajo humano; en la organización de la producción y en el papel que en ella tienen las formas tradicionales de producción, como la agricultura de subsistencia y la producción artesanal; en las características estructurales de la economía en términos sectoriales, como agricultura e industria, industria pesada y liviana, producción de bienes materiales y de servicios; y, en la interacción entre las economías locales y nacionales, con la economía mundial.

Después de señalar algunos aspectos positivos, el autor centra su análisis sobre los fenómenos: económico del empobrecimiento, político de la marginación, social de la discriminación, cultural del desarraigo, y el psicológico de la alienación.

Todos ellos describen el problema real que enfrentan nuestras sociedades el que partiendo del plano económico-social, trasciende a éste para afectar el aspecto ético y ontológico que concierne a la propia identidad.

Si bien es cierto que esta situación tiene una explicación relacionada con los problemas que plantea el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna y con aquellos otros determinados por el cambio de una economía cerrada a una economía abierta y competitiva, también lo es que la raíz de los mismos se encuentra en una concepción éticamente insostenible y económicamente inviable.

La realidad es que el neoliberalismo ha pretendido que la economía y la situación social sean reguladas exclusivamente por el mercado, sin tener en consideración las consecuencias sociales y sin tomar en cuenta que “no se puede construir una economía estable sobre la base de una sociedad inestable”.

El fundamento de nuestra filosofía del desarrollo que parte de considerar que todo plan de desarrollo económico debe ser antes y esencialmente un plan de desarrollo social, coincide con la afirmación del autor en la que sostiene que “es preciso incorporar la consideración de lo social a la estructura misma de la política económica y de la estrategia del desarrollo; debemos asegurar que las políticas económicas que aplicamos como parte del ajuste estructural (...) no pongan en peligro -por sus efectos secundarios sobre la estabilidad social- los objetivos mismos del ajuste o de la transición”.

De ahí que las políticas que se adopten deban ser consecuentes con los objetivos del desarrollo y tratar de que tanto los beneficios como los costos sean repartidos equitativamente. Lo que ha ocurrido con la aplicación de las políticas neoliberales es todo lo contrario: los beneficios han favorecido exclusivamente a los sectores económicamente fuertes, en tanto que los perjuicios han afectado, con singular dureza, a los sectores desposeídos teniendo esto como consecuencia la profundización de la brecha producida por estas políticas que han hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

En materia de reconversión industrial compartimos la idea de que los costos que conlleva deben repartirse en forma equitativa entre propietarios, administradores y trabajadores.

El propio Director Gerente del Fondo Monetario Internacional, de entonces, Michel Camdessus en su intervención en el acto inaugural del mismo Foro ha dicho: “El crecimiento económico y la adopción de medidas macroeconómicas correctas son condiciones necesarias pero no suficientes para el progreso social”. . . “Nuestra meta es lograr un crecimiento de alta calidad, es decir, un crecimiento que sea viable, que permita alcanzar el pleno empleo y la reducción de la pobreza en forma duradera”.

Federico Mayor Zaragoza, Director General de la UNESCO, en esos años, en su discurso en ese Acto Inaugural cita a Mahatma Gandhi: “La pobreza es la peor forma de violencia, porque hace patente la injusticia”.

Y en otra parte de su discurso refiriéndose a Moliere, critica el espejismo de creer que los problemas se resuelven aplicando una fórmula universal que desconoce las especificidades y realidades de cada situación: “Us-
tedes recordarán seguramente -dice- que Moliere, en *El Enfermo Imaginario*, hace decir al doctor que los enfermos se equivocan siempre. Pues bien no es así. Los que casi siempre se equivocan son los médicos que aplican los mismos tratamientos a sistemas totalmente distintos, a grados de desarrollo distintos y aplican fórmulas de ajuste estructural, por ejemplo, a países que se hallan en muy distinta situación, con muy distintas posibilidades y con parámetros muy diversos de su propio desarrollo. Habrá que tener por tanto, coraje, clarividencia y perseverancia porque, de no ser así, pueden predecirse graves trastornos sociales a corto plazo, de los que las emigraciones masivas y el fracaso -en términos de bienestar de las sociedades más avanzadas-, constituyen a mi modo de ver algunos síntomas ya patentes”.

5. La Sociedad Civil

Frente a este cuadro general descrito que requiere reformas sustanciales en el Estado, la economía y el aspecto social, la Sociedad Civil, o lo que algunos llaman la ciudadanía, es un elemento que no puede faltar en este análisis integral, pues también está llamada a desempeñar un papel clave en las transformaciones con equidad que deben realizarse y que constituyen opciones efectivas a las políticas neoliberales.

La ciudadanía -como lo indica el documento de convocatoria y constitución de Acción Latinoamericana de Ciudadanía (ALC)-, debe entenderse no sólo como la

“capacidad de ejercer plenamente los derechos políticos consagrados en las Cartas Fundamentales o Constituciones, sino que además y muy especialmente, en grados crecientes de participación consciente e informada, sobre los elementos consustanciales de una sociedad democrática para la realización de la ciudadanía”.

Se trata de que la Sociedad Civil asuma plenamente sus derechos y deberes en este nuevo cuadro de realización social a partir de la toma de responsabilidades y de la búsqueda de solución a los problemas comunes. Todo ello implica un replanteamiento de las relaciones de la sociedad y el sistema institucional que la rige, la definición del papel de la ciudadanía en el sector público, lo que exige la determinación previa de las áreas de orden público en las que la ciudadanía puede y debe participar.

Esto conlleva a considerar la democracia no únicamente como un sistema político o de gobierno, sino como un sistema de valores y una cultura socialmente compartida por los componentes de la comunidad. Es una “forma de vida en donde los sujetos sociales son sus protagonistas centrales, sus conductores, sus beneficiarios y su energía funcional”.

Lo fundamental en todo esto es la mejoría de la calidad de vida de los sujetos sociales y la participación de los mismos en la consecución de este objetivo, la eliminación de las desigualdades y exclusiones y la generación de una nueva institucionalidad que favorezca la solución de los problemas y reproduzca el tipo de sociedad que se desea conservar.

Desde esta perspectiva los problemas sociales deben ser considerados con una visión integral y en este sentido, debidamente relacionados entre sí. Se trata, entonces, de poner en práctica una concepción sistémica de la sociedad.

De esta manera debe enfrentarse la crisis global y los aspectos particulares que la conforman: la crisis de la política tradicional y de los partidos políticos; la democracia y su contradicción principal que consiste en el desajuste entre las instituciones políticas y el acrecentamiento de la pobreza crítica; las consecuencias del neoliberalismo que acentúa la indigencia y que pone en riesgo la autarquía económica, soberanía política e identidad cultural.

La Sociedad Civil como sujeto histórico debe estar presente en el proceso de transformación y modernización del Estado, en la formación de nuevos sujetos sociales, en la revalorización de la política y lo político, en la elaboración de las formas de representación y acción políticas y en todo lo concerniente al desarrollo económico y al problema social.

6. Hacia un humanismo ético y una filosofía del desarrollo

Uso el término Mercado Total, con mayúsculas, para diferenciarlo del mercado con minúscula. Con el término Mercado Total pretendo contener y representar el conjunto de ideas provenientes de Adan Smith, y posteriormente de Pareto, Hayek, Popper, Isaias Berlin, Friedman, para mencionar a los principales exponentes teóricos que de una u otra forma hacen del merca-

do la categoría absoluta que norma integralmente, y en virtud de la “mano invisible” el conjunto de relaciones de la sociedad, regula la conducta social, produce la competencia y el equilibrio perfectos, genera la justicia social, contiene su propia ética implícita, formula el modelo económico, político, social, financiero y cultural y realiza la identidad entre la naturaleza y la historia, entre la libertad y la necesidad; en resumen, para formular la crítica correspondiente con ese término, busco definir esa institución que, por obra y gracia de sus principales teóricos, se ha transformado de una instancia histórica y económica, que junto con otras entidades como el Estado y las organizaciones de la Sociedad Civil confluyen para normar las relaciones económicas y sociales, en una categoría ontológica, religiosa y metafísica.

La reflexión sobre el Mercado Total y las concepciones del desarrollo económico que de él se derivan requieren ser considerados desde un plano filosófico. Para la filosofía constituye un reto ineludible repensar los alcances de estas categorías, pues ellas son los ingredientes que constituyen nuestra época y que de una forma u otra determinan las formas de vida y de pensamiento de nuestro tiempo.

Tras las concepciones de orden económico acerca del Mercado Total, se encuentran, implícitas o explícitas, una serie de consideraciones y consecuencias de orden filosófico que atañen a la lógica, a la racionalidad, a la ética, a la axiología y a la ontología.

Existen una serie de afirmaciones sin demostración que han sido asumidas como principios y verdades evidentes en sí mismas, y por eso mismo axiomáticas.

Se afirma que el Mercado es el orden natural inserto en la vida social a la que regula y organiza siguiendo las leyes de la naturaleza, que para el caso son las leyes del mercado que producen el equilibrio perfecto.

El Mercado es, desde esa perspectiva el mecanismo natural en la que encuentra sus cauces la sociedad, mediante el accionar de un complejo sistema de vasos comunicantes que ejercen una función mediadora entre todas las instancias de la vida social, dando por resultado la selección natural que es expresión de las tendencias implícitas de la naturaleza expresadas socialmente a través del Mercado.

Desde este punto de vista, cualquier ingerencia exterior es antinatural y transgresora de las leyes de la naturaleza. Por ello, el Estado debe ser un simple facilitador del Mercado y sus leyes, pero no una institución que pretenda fijar los valores y parámetros para alcanzar la justicia social, pues ésta, en todo caso, no es otra cosa que los resultados, cualesquiera sean estos, del libre accionar del Mercado.

En virtud de estas consideraciones el Mercado es una categoría en sí y para sí que se autojustifica sin necesidad de una ética exterior pues lleva implícita su propia moral. El Mercado es lo que Hegel supuso era el Estado: la materialización del espíritu absoluto y la realización del reino de la libertad.

Esta homologación del Mercado a las leyes de la naturaleza significa la abolición del contrato social, de la voluntad que es su elemento esencial y de la historia que resulta de él. Es el fin de la historia porque es el

fin de los supuestos culturales y sociales que la determinan y el regreso a la naturaleza como fuerza que impulsa y define el accionar de los seres humanos en sociedad.

La justicia y la ética no provienen de una ley trascendente ni de una propuesta histórico-social. La ética y la justicia provienen del accionar del Mercado. Lo ético y lo justo es actuar conforme al mercado, su naturaleza, sus tendencias y sus leyes.

En lo económico el neoliberalismo es el regreso al capitalismo manchesteriano; en lo filosófico, es el retorno a las teorías del derecho natural. En realidad más que ante la formulación de nuevas alternativas económicas, filosóficas y jurídica, nos encontramos ante una arqueología ideológica que inserta antiguos conceptos filosóficos y jurídicos del siglo XVIII y categorías económicas del capitalismo de la primera mitad del siglo XIX para construir un fundamento teórico al capitalismo transnacional y corporativo de la era tecnológica.

La ideología del Fin de la Historia tiene como uno de sus fundamentos la tesis del Mercado Total, pues la historia que es el producto de la voluntad del hombre expresada a través del contrato e incorporada al Estado y las instituciones, pierde sus fundamentos reales y conceptuales al “descubrirse” que todas las regulaciones y mediaciones sociales las realiza el Mercado, expresión absoluta de la libertad. Al desaparecer de la historia la necesidad que las causa y la voluntad contractual, que es el mecanismo mediante el cual se trata de resolver el

problema que plantea la necesidad, la historia llega a su fin, pues los fundamentos sobre los que se sostenía han desaparecido.

No obstante esas afirmaciones del neoliberalismo, o más bien, precisamente por ellas, conviene formular las siguientes preguntas: ¿Termina realmente la historia por la instalación del Mercado Total? ¿Produce la competencia del libre Mercado el equilibrio perfecto? ¿Representa, realmente, el Mercado el orden natural? Y si así fuese ¿están efectivamente justificados por el orden natural la abundancia y la miseria, si el Mercado fuese el orden natural y la abundancia y la miseria su consecuencia? ¿Debe el hombre someterse a las leyes de la naturaleza? ¿Es consecuente el Mercado Total con su supuesta subordinación a la ley natural? ¿Es legítimo que el hombre acepte como natural la injusticia?

Las anteriores son preguntas fundamentales que, con su sola formulación, cuestionan las afirmaciones nunca demostradas del neoliberalismo en torno a las propiedades del Mercado Total, virtudes que Adan Smith, Hayek y Friedman, consideraron derivaban de la acción benéfica de la “mano invisible” del Mercado en una clara transposición religiosa y metafísica de esta institución histórica.

En realidad el Mercado Total no es el Fin de la Historia sino su reconducción a determinados intereses; el equilibrio perfecto no se deriva de él pues la competencia entre desiguales acentúa el desequilibrio; la abundancia y la miseria que resulten del juego de las leyes del Mercado no tienen una justificación ética, pues ni

responden a principios establecidos ni son consecuencia de una tendencia natural que se realice a través del Mercado, sino de la forma en que están estructuradas las relaciones sociales de producción.

Pero aun suponiendo que el Mercado y sus efectos de miseria y abundancia sean resultados de las leyes de la naturaleza, el hombre no puede aceptar su sometimiento a aquella en lo que lo perjudica y degrada negando su verdadera condición humana y natural, pues la naturaleza del hombre es la historia.

Tampoco es consecuente, racional, ni ético, la identificación entre el Mercado y la naturaleza, pues el neoliberalismo y el capitalismo corporativo destruyen la naturaleza, el medio ambiente y el equilibrio ecológico, mediante la depredación y utilización indiscriminada e irracional de sustancias que producen daños irreversibles en el ecosistema, sacrificando las condiciones naturales y humanas de la vida en aras del lucro y la acumulación.

La competencia perfecta, que es la base del Mercado Total que postula el neoliberalismo, está fuera de la historia y es, por lo mismo, la condición imposible. Si hipotéticamente la considerásemos posible, sería entonces absolutamente innecesaria.

Para que la competencia perfecta pueda darse, es necesaria la igualdad de condiciones entre los sujetos y sus circunstancias. Dicho en otra forma, es necesario que las posibilidades económicas, materiales, intelectuales y morales, sean iguales entre el conjunto

de actores económicos y sociales históricamente determinados.

Ahora bien, esto jamás se da. La diferencia entre los seres humanos es una ley evidente de la naturaleza. De esta diferencia natural derivan las diferencias económicas, sociales y de clases. No obstante, el hecho de que las diferencias históricas tengan un origen natural no las justifica, pues el ser humano responde solo parcialmente a las leyes de la naturaleza. Si respondiera de manera automática y total, no existiría ni la historia, ni la cultura, ni la sociedad. Lo que caracteriza a la especie humana es el esfuerzo permanente por modular a los valores humanos y a las condiciones sociales las tendencias instintivas y naturales. La justicia es, precisamente, el esfuerzo por evitar que el fuerte destruya al débil y que la ley de la selva, la selección natural de las especies históricas, rija nuestras relaciones.

Lo natural en la sociedad es controlar los ímpetus de la naturaleza y adecuarse a las necesidades de la vida comunitaria. La verdadera naturaleza del hombre es la historia. Por eso es diferente a las demás especies no humanas. Lo natural aquí es esa tensión permanente entre acción y reacción, pesas y contrapesas, poderes y contrapoderes; es decir, la búsqueda del equilibrio que haga posible la vida en sociedad. Lo natural es que la diferencia social, económica y de clases, producida por la diferencia originaria entre los hombres y acentuada después por condiciones históricas y estructurales, no sean, cuando menos, excesivamente profundas, a un grado tal que mantenga a unos en la opulencia y a otros en la indigencia. De esa necesidad de racionalidad so-

cio-económica y relativo equilibrio nace el Estado que regula y busca la estabilidad posible.

Cuando se trata de eliminar esta búsqueda consciente de la racionalidad y del equilibrio, reduciendo a su mínima expresión el papel del Estado y la Sociedad Civil, o bien poniéndolos incondicionalmente al servicio del Mercado Total, se está, en realidad, eliminando el concepto de justicia y de ética y atentando en contra de esa naturaleza social e histórica de la especie humana.

Por tanto, el Mercado Total que actúa en forma absoluta y excluyente y sin la participación del Estado y la Sociedad Civil, no puede, por sí solo, producir el equilibrio perfecto en virtud de la “mano invisible”, pues no hay equilibrio perfecto sin competencia perfecta y no hay competencia perfecta porque no hay igualdad de condiciones, y no existen estas por las diferencias originarias, históricas y estructurales entre los seres humanos pertenecientes a clases sociales diferentes y contrapuestas. En vista de esta realidad, se vuelve esencialmente imposible la misión que el neoliberalismo atribuye a eso que he llamado el Mercado Total. Es la condición imposible.

En el caso contrario, esto es, en aquel caso hipotético en que se den las condiciones de igualdad que hagan posible la competencia perfecta, el Mercado Total resultaría intrascendente e inútil, pues el equilibrio que debía ser la consecuencia de su acción y el objetivo de su misión histórica, ya estaría realizado en las condiciones preexistentes. Esta sería la situación innecesaria. Si el Mercado Total no es el mecanismo de regulación

natural de la sociedad en su conjunto, ni menos aún esa categoría ontológica y metafísica que dirige la vida individual y colectiva, que posee su propia ética implícita y logra el bienestar por la acción de la mano invisible; si no es esa religión que nos anuncia la nueva teología de la buena ventura, ¿qué es entonces?

Es una ideología voluntarista, contractual e histórica que se ampara en supuestas leyes naturales que le conciernen en beneficio de intereses hegemónicos de carácter económico, político, social y cultural, en busca de una mundialización que suprima las diferencias y de una globalización que estandarice las sociedades que en el mundo existen a la vez que asegure el poder central dominante alrededor del cual debe reordenarse el mundo existente.

¿Qué hacer frente a esta situación?. Para comenzar es necesario demostrar la condición histórica del Mercado Total y las voluntades e intereses que lo determinan; fortalecer el análisis teórico en forma interdisciplinaria y trabajar en la construcción y profundización de una ética y una filosofía que presenten alternativas racionalmente defendidas y moralmente sustentadas.

Se trata de construir una nueva filosofía humanista del desarrollo y una nueva Ética de los Valores sobre la base de los siguientes principios:

- * El ser humano y la sociedad humana son los sujetos y destinatarios del desarrollo.
- * La ética es una categoría que debe normar los procesos de desarrollo.

- * La naturaleza del hombre es la historia.
- * En la historia están, o deben estar, incorporados los elementos de la naturaleza.
- * El hombre es un compuesto de naturaleza y cultura. Ambos elementos se interaccionan históricamente.
- * Debe buscarse un macro equilibrio y un micro equilibrio entre el ser humano y la naturaleza.
- * La depredación de la naturaleza es parte de la misma tendencia destructiva de la cultura, la sociedad y el hombre en aras del lucro, la acumulación y la defensa de intereses materiales concretos de un sector de la sociedad.
- * Se requiere la *Unidad en la Diversidad*.
- * El respeto a la diferencia.
- * El reconocimiento del otro.
- * La tolerancia.
- * El pluralismo.
- * Un nuevo concepto de sociedad abierta que sólo adquirirá su pleno sentido si se la considera integralmente relacionada con los principios, objetivos, fines y valores que conforman la filosofía cuya aproximación hemos dejado enunciada en este trabajo.

El humanismo se justifica filosóficamente por el respeto a la dignidad de los seres humanos, la relación entre éstos y la relación con la naturaleza.

La axiología que formule una teoría integral de los valores, debe tener como eje la justicia social, entendida como una conquista histórica que se obtiene me-

diante la utilización de los instrumentos jurídicos y políticos del Estado y de la voluntad participativa de la sociedad civil.

La ontología se hace presente en esta situación, en tanto integre la condición moral del ser con sus posibilidades históricas y la dignidad que le es esencial la que depende no solamente de consideraciones de moral interna, sino de la realización de determinados supuestos históricos y sociales.

La ética participa en este conjunto de relaciones complejas, como categoría interna y externa. La primera como la moral interior que rige la conducta; la segunda, como el parámetro o paradigma al cual deben referirse las políticas de desarrollo. Los fines y los medios están presentes como la necesaria redefinición de los parámetros del desarrollo en forma tal que se reafirmen al ser humano y a la sociedad como los sujetos, actores y destinatarios de todo proceso de desarrollo y al crecimiento económico y al desarrollo mismo, como medios a través de los cuales se realizan los objetivos éticos y humanos que constituyen la condición del desarrollo y de todo proceso histórico.

Finalmente, conviene recordar que la cultura y la educación son la condición, sentido y finalidad del desarrollo. Por ella sobrevivimos y sobreviviremos en la historia.

Para la América Latina ninguna idea del progreso, la integración y la tecnología tiene sentido sino parte de su identidad cultural, de su reafirmación y en-

grandecimiento; de su pensamiento, música, pintura, artesanía, literatura, y sobre todo, del lenguaje, de las palabras recibidas y de las palabras creadas todos los días por la imaginación popular, enriquecidas en la convergencia de los afluentes múltiples que conforman la geografía cultural y moral y que reafirman nuestra universalidad.

“Las piedras mueren si no las acompañan las palabras -dice Arturo Uslar Pietri-. Eso tan frágil, tan aparentemente fugaz, ese sonido que se lleva el viento, esa voz humana que parece de tan corto alcance, es el más grande instrumento de perduración que conoce el hombre”. . . “Esta es una lección que no deberíamos olvidar en medio de esta civilización tecnológica que nos abruma y deforma; nada de lo esencial de nuestra condición va a salvarse en el esqueleto de las computadoras o en las ruinas de nuestras torres de acero, sino en esas menospreciadas y, a veces, demasiado abundantes palabras escritas que vamos dejando en libros y periódicos”.²⁵

25 Alejandro Serrano Caldera. *Entre la Nación y el Imperio*. Editorial Vanguardia. Managua, Nicaragua. 1988